

# LA ECONOMIA POLITICA DEL SEPARATISMO EN QUEBEC \*

Por SERGIO PLAZA CEREZO

## SUMARIO

1. LOS RESULTADOS DEL REFERÉNDUM.—2. LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA CONFEDERACIÓN CANADIENSE.—3. LA POSICIÓN DE QUEBEC DENTRO DE CANADÁ.—4. EL SEPARATISMO «QUÉBÉCOIS»: UNA PERSPECTIVA ESTRATÉGICA.—5. LA NUEVA ECONOMÍA DE QUEBEC.—6. LAS CONSECUENCIAS ECONÓMICAS DEL REFERÉNDUM.—7. LA RENOVACIÓN DEL FEDERALISMO CANADIENSE.—8. CONCLUSIONES.—9. BIBLIOGRAFÍA.

## SINOPSIS

Los ciudadanos de Quebec han decidido en un referéndum celebrado en el otoño de 1995 que su provincia permanezca en Canadá; no obstante, el resultado ha sido muy ajustado. Este artículo plantea cómo las consideraciones estratégicas motivaron las propuestas de los separatistas, mientras que los argumentos económicos avalarían las tesis de los federalistas. La inserción de Quebec en Canadá define un contexto caracterizado por las siguientes coordenadas: una reducción de su participación económica y demográfica; un peso político especialmente relevante dentro de la Confederación; y el deseo de mantener un fuerte poder de negociación frente al gobierno federal.

En un contexto de mayor alcance, el «*affair*» de Quebec constituye solamente una de las coordenadas que amenazan la cohesión territorial de una Confederación cuya estructura política registra un proceso exacerbado de regionalización, mostrando las provincias más occidentales su descontento hacia lo que perciben como un peso político excesivo de Quebec dentro de Canadá. Las circunstancias actuales definen el momento propicio para afrontar una renovación profunda del federalismo canadiense y preservar la unidad de un país que ha conseguido altas cotas de bienestar para sus ciudadanos.

---

(\*) El autor agradece la colaboración prestada por Ernesto Plaza Cerezo. No obstante, la responsabilidad de las opiniones vertidas en el ensayo es exclusiva del autor.

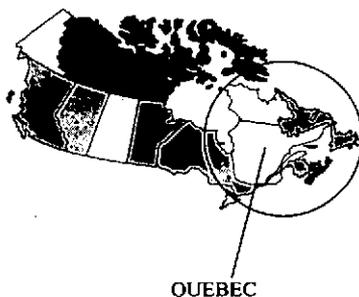
## I. LOS RESULTADOS DEL REFERENDUM

Los ciudadanos de Quebec expresaron su deseo de permanecer en la Confederación canadiense en un referéndum celebrado en el mes de octubre de 1995; no obstante, el margen resultó escaso: los federalistas consiguieron un 50,6 por 100 de los votos, frente a un 49,4 por 100 para los separatistas. Como referente, cabe destacar que, en el referéndum celebrado en 1980, los partidarios de la secesión solamente alcanzaron un 40 por 100 de los votos; por ello, si se analiza la tendencia de largo plazo, resulta evidente el ascenso fulgurante de estas posiciones. Las lecturas del evento resultan divergentes dentro del país: los periódicos anglófonos destacaron cómo Canadá permanecería unido; mientras, los diarios francófonos de Montreal enfatizaban la división de la sociedad quebequesa.

En clave de sociología electoral, los francófonos han votado mayoritariamente por la separación: un 60 por 100 de los votos. Por el contrario, los anglófonos y alófonos, radicados básicamente en Montreal, han matizado el resultado final. Un análisis pormenorizado de las tendencias electorales registradas en las diversas circunscripciones territoriales plantea un grado importante de dispersión de los votos (véase cuadro núm. 1).

CUADRO 1. *Los resultados del referéndum en Quebec*

% Votos	SI	NO		SI	NO
Bas St. Laurent .....	59,6	45,9	TOTAL		
Laurentides .....	58,2	41,8	PROV.	49,4	50,6
Côte-Nord .....	67,9	32,1			
Maurice-Bois-F .....	56,5	43,5			
Abitibi-Témis .....	55,8	44,2			
Montérégie .....	53,7	46,3			
Gaspésie-i.M. ....	54,1	45,9			
Montreal (este) .....	47,5	52,5			
Chaudière appal. ....	50,3	49,7			
Montreal (oeste) .....	21,7	78,3			
Estric .....	49,2	50,8			
Montérégie .....	53,7	46,3			
Lanaudiere .....	65,4	34,6			
Région de Québec .....	54,4	45,6			
Laval .....	46,7	53,3			
Outaouis .....	27,5	72,5			
Saguenay-Lac-St-Jean .....	69,5	30,5			



Tasa de participación: 94 %

Fuente: Societé Radio Canadá.

a) El área metropolitana de Montreal ha votado claramente por la permanencia en Canadá. La victoria de las posiciones federalistas ha resultado abrumadora en el distrito de Montreal Oeste, donde se concentra una buena parte de la de la próspera

comunidad anglófona formada por unas 600.000 personas. El antiguo «premier» del gobierno nacionalista, Jacques Parizeau, declararía de forma poco afortunada tras conocerse los resultados cómo las minorías alófona y anglófona, así como el poder del dinero asociado a esta última, habían frustrado los anhelos separatistas. Los fuertes lazos económicos de Montreal con el mercado nacional, así como la propia mentalidad abierta y cosmopolita de una ciudad donde históricamente han convivido las dos comunidades con mayor peso en Canadá, también explican el menor entusiasmo separatista de la población francófona mayoritaria en Montreal Este: los partidarios de la permanencia en Canadá consiguieron un 52,5 por 100 de los sufragios censados en aquel distrito electoral. La zona metropolitana de Montreal supera ampliamente los tres millones de habitantes, constituyendo el centro de gravedad hegemónico dentro de una provincia poblada por 7,4 millones de personas: su peso electoral a la hora de decantar el resultado del plebiscito resulta evidente.

b) Los federalistas han conseguido un apoyo formidable en la región del Outaouais, situada en el «hinterland» inmediato de Ottawa. Las ciudades quebequesas de Hull y Gatineau acogen un buen número de instituciones de un gobierno federal que constituye la primera fuente de empleo en una región que tiene una renta per cápita por encima de la media provincial. Paralelamente, se trata de una zona con fuerte presencia de poblamiento anglófono históricamente, tal como sugiere la toponimia del lugar, complementando al colectivo de funcionarios del gobierno canadiense procedentes de Ontario u otras provincias residentes en Hull y Gatineau.

c) Las posiciones secesionistas han obtenido una cómoda victoria en Quebec, la segunda zona metropolitana de la provincia: se trata de un distrito donde la población es mayoritariamente francófona.

d) Los separatistas han conseguido los mayores apoyos en las áreas periféricas de extracción rural, donde la tasa desempleo resulta más elevada y menor la renta per cápita. Precisamente, las regiones que más dinero reciben de Ottawa en concepto de transferencias destinadas a financiar el desarrollo regional han sido el feudo de aquellos votantes más proclives al separatismo: se trata de áreas como Sagueney-Lac-St. Jean, Côte Nord-Bas St. Laurent o la Gaspésie. Este fenómeno paradójico e irónico tal vez pueda interpretarse desde las palabras del académico Vargas Llosa cuando afirma cómo «el nacionalismo no entiende razones porque no es una doctrina racional» (Vargas Llosa, 1995: 13).

e) La región de Estrie ha votado en favor de las posiciones federalistas por un ligero margen, tratándose de una zona donde coexisten las comunidades anglófona y francófona. La primera tiene su origen en aquellos colonos norteamericanos leales a la Corona Británica establecidos en Canadá al independizarse los Estados Unidos.

El objetivo de los siguientes epígrafes de este ensayo consistirá en interpretar, desde la economía política, las razones que han motivado la convocatoria del referéndum, así como las repercusiones que se pueden derivar del resultado ambivalente sobre las economías de Quebec y Canadá. Para ello, comenzaremos analizando los fundamentos del modelo canadiense de articulación territorial, la posición de Quebec en dicho entramado y el renovado dinamismo de la economía de esta provincia.

## 2. LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA CONFEDERACIÓN CANADIENSE

La Confederación canadiense, creada en 1867, ha diseñado un modelo particular en las relaciones territoriales establecidas entre las provincias que componen el país. La construcción de una unidad económica ha constituido una prioridad política de primer orden; sus fundamentos se encuentran en la necesidad de buscar la viabilidad y una identidad propia frente a los poderosos vecinos del sur. Las sucesivas «Políticas Nacionales» han consolidado una industrialización basada en la sustitución de importaciones. La escasa competitividad frente a Estados Unidos, determinada por un aprovechamiento reducido de las economías de escala, fue neutralizada mediante un «muro arancelario» que protegía el mercado interno para los productores autóctonos. Según Paul Krugman, el caso canadiense contrastaría el argumento en favor del proteccionismo de los «países nacientes» (Krugman, 1991), parafraseando aquel celebre «argumento de la industria naciente», desarrollado por John S. Mill, que legitima la protección cuando se trata de facilitar el despegue de alguna actividad industrial potencialmente competitiva en el largo plazo. Se trataba de articular una unión política entre los territorios de Norteamérica bajo influencia británica a partir de una unión económica. La protección del mercado interno y una red transcontinental de ferrocarriles constituirían la armadura de un país incipiente que ha posibilitado un elevado nivel de bienestar para sus ciudadanos. Unos lazos económicos inducidos por las políticas públicas han reforzado la identidad propia de la Confederación frente a la fuerza de atracción ejercida por los Estados Unidos a lo largo de una extensísima frontera extendida desde el Atlántico hasta el Pacífico, cerca de la cual reside la inmensa mayoría de los ciudadanos canadienses.

Este modelo de nacionalismo económico adoptaba una variante regional: el sur de Ontario, centrado en Toronto y extendido más allá de las lindes provinciales hasta Montreal y Quebec, ha sido tradicionalmente el «corazón» industrial del país, produciendo manufacturas para el mercado canadiense; por su parte, las provincias occidentales y la Pradera se especializarían en la exportación de productos intensivos en recursos naturales, tales como trigo, carne, madera, papel, petróleo o gas natural. Finalmente, las Provincias Atlánticas quedaban fuera del circuito económico con una base industrial débil, logrando una equiparación de niveles de vida con el resto de Canadá gracias a las generosas transferencias recibidas desde Ottawa.

Como correlato de este planteamiento, la identidad canadiense se ha cimentado sobre la consolidación de un Estado del Bienestar «a la europea». El sesgo hacia la redistribución territorial de rentas ha estado omnipresente en todas las actuaciones de política pública dentro de un modelo definido por un «federalismo cooperativo».

Ontario ha sido la principal beneficiaria del modelo de nacionalismo económico, registrando el mayor nivel de renta per cápita por detrás de Alberta —una provincia productora de petróleo— (véase cuadro núm. 2). Aquella provincia asume una buena parte del coste financiero de los programas redistributivos, convirtiéndose en una «have province». Por el contrario, las provincias atlánticas han adoptado el papel de «have not provinces», siendo las grandes beneficiarias de la solidaridad interpro-

vincial. Algunos actores de reparto han conseguido papeles estelares: las provincias occidentales de Alberta y British Columbia, cuya prosperidad se cimenta sobre su riquísima dotación de recursos naturales con el acompañamiento de la inserción en la dinámica economía regional de la Cuenca del Pacífico, se han afianzado como «have provinces». Según datos de 1991, Alberta y British Columbia contribuyen con un 3,9 y un 4,6 por 100 de su PIB respectivo al sistema federal de transferencias, mientras que la proporción alcanza un 5,5 por 100 para Ontario (Cameron, 1994). Por el lado de los receptores, la diversificación escasa de una Pradera demasiado orientada hacia la exportación de trigo ha agudizado la condición de «have not provinces» de Manitoba y Saskatchewan. Por su parte, Quebec se comporta como una discreta «have not province», cuyo PIB «per cápita» se sitúa por debajo del promedio canadiense (véase cuadro núm. 2). El modelo plantea serias grietas por dos razones, como son:

CUADRO 2. *Las provincias canadienses. renta «per cápita»*

	PIB «per cápita»	Renta «per cápita»	PIB per cápita
	(Dólares can. corrientes) (*)	(Dólares can. corrientes) (*)	
	1993	1993	1995
Canadá .....	24.611 (100,0)	22.076 (100,0)	25.865
British Col. ....	25.962 (105,5)	23.164 (104,9)	26.830
Alberta .....	28.970 (117,7)	22.679 (102,7)	30.618
Saskatchewan .....	21.410 (87,0)	19.068 (86,4)	23.746
Manitoba .....	21.856 (88,8)	19.996 (90,6)	23.028
Ontario .....	26.556 (107,9)	23.757 (107,6)	28.000
Quebec .....	22.218 (90,3)	20.809 (94,3)	23.605
New Brunswick .....	19.104 (77,6)	18.101 (82,0)	20.764
Nova Scotia .....	19.777 (80,4)	18.959 (85,9)	19.898
I. Príncipe E. ....	17.235 (70,0)	18.159 (82,3)	18.871
Terranova .....	16.155 (65,6)	17.451 (79,0)	17.448
Yukón/T.N. (**)	32.547 (132,2)	22.495 (101,9)	30.553

(\*) Entre paréntesis figuran los valores relativos respecto a la media canadiense.

(\*\*) T.N. = Territorios del Noroeste. Valor de la última columna correspondiente a 1994 para Yukón/T.N. El promedio del PIB per cápita canadiense de 1995 no incluye los datos de Yukón y T.N.

Fuente: *Statistics Canadá*.

a) En primer lugar, la globalización de los mercados y la liberalización comercial de Norteamérica, acelerada por un Tratado de Libre Cambio suscrito con Estados Unidos (1989) y posteriormente ampliado a Méjico a través del NAFTA (1994), han eliminado los incentivos de Ontario para seguir soportando la carga contributiva principal del sistema de transferencias, puesto que el mercado canadiense ya no constituye su dominio exclusivo. Por otra parte, los «nuevos ricos» del oeste, British Columbia y Alberta, cuyas economías resultan fuertemente competitivas y se orientan hacia el exterior, no sienten grandes simpatías por un sistema de redistribución interprovincial cada vez más gravoso para sus contribuyentes.

El profesor Courchene se plantea si la economía canadiense extendida a lo largo del eje este-oeste se difumina en favor de nuevas economías regionales norte-sur como consecuencia de la interdependencia creciente de las provincias con los estados vecinos situados al sur de la frontera (Courchene, 1992). El libre comercio con Estados Unidos ha generado una creación de comercio espectacular a pesar de las reducidas tarifas arancelarias que gravaban previamente los intercambios bilaterales. Las exportaciones dirigidas hacia Estados Unidos sobrepasan el 28 por 100 del PIB canadiense (1996); mientras, no alcanzaban el 16 por 100 en los inicios de los años noventa. Quebec comercia fundamentalmente con los territorios vecinos de Nueva York y Nueva Inglaterra; mientras, las exportaciones de British Columbia destinadas hacia el estado de Washinton en la Costa Oeste multiplican por seis veces el promedio canadiense. Ontario ha reforzado una división del trabajo conjunta con el Medio Oeste en el ramo de automoción, articulada desde que en los años sesenta fuera firmado un acuerdo sectorial para la liberalización del comercio bilateral. Las exportaciones dirigidas hacia Estados Unidos representan directamente la tercera parte del PIB de la provincia canadiense. La integración entre provincias y estados vecinos contrasta las hipótesis de unos modelos de gravedad que plantea cómo realmente la geografía impone su ley, determinando la magnitud del comercio bilateral en relación inversa a la distancia que separa los territorios: una frontera común que se extiende desde el Atlántico hasta el Pacífico dictamina el fortalecimiento de la comunidad de intereses transfronteriza, máxime cuando una lengua y una cultura comunes sellan los lazos a lo largo de la mayor parte del recorrido este-oeste, exceptuando la «isleta» francófona de Quebec en un continente anglosajón.

b) En segundo lugar, la inercia ha protagonizado un crecimiento excesivo del coste financiero de los programas redistributivos. El planteamiento de la «cuenta del restaurante» interpreta adecuadamente el problema: las provincias tienen incentivos para maximizar el gasto federal en términos absolutos con el objeto de evitar una desviación relativa de las transferencias hacia otras provincias. Se trata de una analogía con aquel ejercicio de «egoísmo» racionalista descrito por la teoría de juegos: éste plantea cómo los comensales que acuden a un convite celebrado en un restaurante tratan de maximizar el gasto correspondiente a su menú con el objeto de no subvencionar a los restantes compañeros de mesa cuando la factura final se paga a medias entre todos. Por ejemplo, los requisitos para acceder a las prestaciones del subsidio de desempleo son menores en las regiones con mayor tasa de desempleo en términos absolutos; mientras, anteriormente esta «prima» se aplicaba sobre la diferencia relativa de la tasa de desempleo regional respecto al promedio nacional. Por otra parte, según señala un politólogo canadiense, las provincias han tenido incentivos para desviar a los beneficiarios de algunos programas de bienestar social co-financiados con Ottawa hacia un subsidio de desempleo cubierto en exclusiva con fondos federales (McMillan, 1995). Las transferencias hacia las provincias, personas y empresas absorbían en 1993 un 70,4 por 100 de los ingresos federales,

frente a un porcentaje inferior al 50 por 100 durante los años sesenta (Coulombe, 1995).

Como consecuencia de la expansión de los programas de gasto social y regional, el déficit público canadiense alcanzaba un 5,5 por 100 del PIB en el ejercicio fiscal 1994/95; mientras, los datos correspondientes al último año indicaban que la magnitud de la deuda pública neta absorbía un 66 por 100 del PIB.

### 3. LA POSICION DE QUEBEC DENTRO DE CANADA

Los quebequeses viven mejor dentro de Canadá: el PIB per cápita se sitúa en torno al 90 por 100 de la media canadiense; sin embargo, las transferencias desde el gobierno federal de Ottawa y la progresividad del sistema fiscal posibilitan que la renta per cápita alcance un 94 por 100 del promedio canadiense. La reproducción anual de esta dinámica constituye un travase importante de renta permanente para la «belle province», según puede observarse en el gráfico núm. 1 (1). Los ciudadanos residentes en Quebec suponen un 25 por 100 de la población canadiense; sin embargo, contribuyen solamente con el 22,8 de los ingresos federales y absorben un 26,7 por 100 de las transferencias (véase Coulombe, 1995). El nacionalismo «québécois» no puede entenderse desde razones económicas: algunas fuentes estimaban en los prolegómenos del plebiscito que una posible separación haría descender el PIB per cápita de la provincia francófona en un 9 por 100; mientras, las repercusiones sobre el bienestar de la vecina Ontario serían nulas (Gibson, 1994). La desviación de comercio derivada de una posible reducción en los intercambios con el resto del país podría tener un alto coste para una provincia plenamente insertada en el mercado nacional. Por otra parte, el gobierno regional no puede alardear precisamente de tener las finanzas públicas más saneadas del país: la necesidad de hacer cuentas con Ottawa ante una eventual salida de la Confederación podría haber elevado el grado de endeudamiento público bruto hasta un 158 por 100 del PIB, según estimaciones realizadas en 1995. Un monto importante tendría carácter de deuda externa, originando la propia incertidumbre que las agencias internacionales de «rating» penalizaran el grado de solvencia de los bonos emitidos por Quebec para financiar su deuda (Côté y Johnston, 1995).

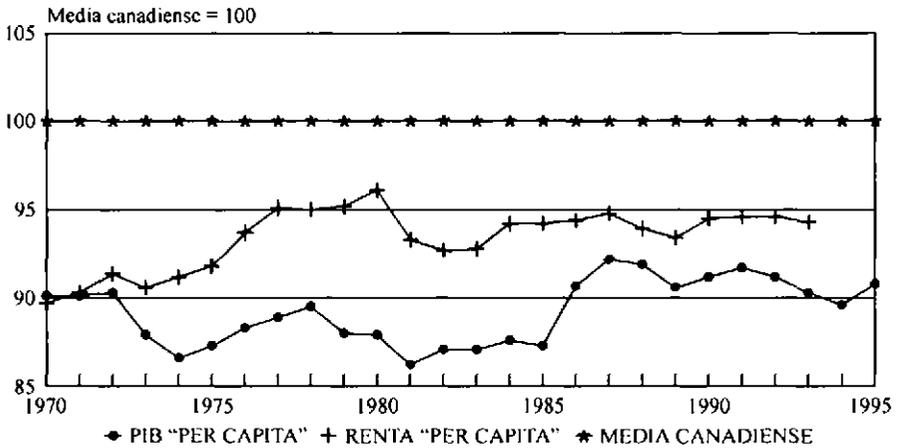
La provincia ha tenido un papel dual dentro del modelo de economía política que ha sustentado las relaciones territoriales dentro de Canadá:

a) En primer lugar, las áreas urbanas han internalizado la «centralidad» de Ontario a través del corredor Windsor-Toronto-Montreal-Quebec, auténtica «columna vertebral» de la economía confederal. Por ello, históricamente, la estructura industrial se ha beneficiado de un acceso preferencial al mercado canadiense dentro

---

(1) En la sociología electoral de Quebec, cabe destacar cómo las poblaciones aborígenes —formadas por unos 60.000 individuos— apoyan mayoritariamente la permanencia en Canadá. Estos pueblos cuentan con el apoyo de influyentes senadores de Estados Unidos en sus reivindicaciones.

GRÁFICO 1. PIB y renta «per capita» de Quebec (\*)



Fuente: Statistics Canada.

(\*) Valores relativos respecto a la media canadiense.

del modelo de nacionalismo económico. En la actualidad, los intercambios entre Quebec y Ontario constituyen todavía el centro de gravedad del comercio interior del país, representando casi un 30 por 100 de las transacciones inter-provinciales. El compromiso de Quebec con el «centro» del modelo de economía política canadiense queda reflejado desde otra perspectiva: según datos recogidos por Statistics Canada y referidos a 1991, Quebec era la única provincia, junto con Ontario, que mantenía un superávit comercial en sus intercambios interprovinciales; por el contrario, una posición deficitaria definía los intercambios con el exterior. El comercio con el resto del país superaba ligeramente el volumen de los intercambios con el exterior, al contrario de lo que ocurría en el oeste: las exportaciones de British Columbia duplican el nivel de sus ventas hacia otras provincias, reflejando una menor dependencia del mercado interno. La mayor parte de los intercambios intraindustriales se concentran en el Canadá Central, existiendo un activo comercio entre Quebec y Ontario en áreas como los productos químicos, equipo de transporte, productos metálicos, maquinaria eléctrica y equipos de telecomunicaciones.

b) En segundo lugar, las áreas orientales de la provincia comparten la «perifericidad» de las vecinas Provincias Atlánticas o Marítimas (Isla del Príncipe Eduardo, New Brunswick, Nova Scotia y Terranova), entroncándose en la cultura de la dependencia respecto a las transferencias realizadas por los gobiernos de Ottawa y Quebec. Las políticas regionales han incidido en la necesidad de diversificar una base industrial muy dependiente de los recursos naturales y tratar de desarrollar los servicios productivos no vinculados al sector público en áreas como como el turismo (véase OCDE, 1994). La pertenencia a Canadá supone otro «plus» importante para el medio rural quebequés: sus granjeros «colocan» unos amplios excedentes de leche

en el resto del país, aplicándose un precio político que duplica los niveles internacionales (Côté y Johnston, 1995).

Los quebequeses han conseguido las cotas más elevadas en la descentralización de competencias dentro del modelo federal canadiense. Como testimonio de esta realidad, debe hacerse constar cómo Quebec es la única provincia con los siguientes atributos: un impuesto propio sobre la renta de las personas físicas; competencias compartidas con Ottawa en materia de inmigración; poderes plenos en política educativa; una seguridad social autónoma; e, incluso, una proyección propia en el área de política exterior.

Los sucesivos gobiernos provinciales han llevado a cabo un pronunciado intervencionismo de sesgo «colbertista» que propicia la utilización del término «Quebec, S.A.». La política industrial ha engrosado el número de corporaciones públicas, destacando el «gigante» energético Hydro-Quebec. La creación de la Caisse de Dépôts, como entidad depositaria de los fondos públicos de pensiones, ha permitido financiar tan ambiciosos proyectos. En la actualidad, el énfasis de «Quebec, S.A.» se ha desplazado desde la intervención directa en la industria hacia la formulación de incentivos que estimulan la iniciativa empresarial privada (Courchene, 1992).

Las actuaciones llevadas a cabo en el marco de la «Revolución Tranquila» iniciada en los años sesenta, tales como las inversiones masivas en educación secundaria y universitaria o la promoción del empleo público, han conseguido equiparar gradualmente las condiciones de vida de la población francófona con la próspera comunidad anglófona: el fortalecimiento de las clases medio urbanas y la expansión de cuadros directivos han sido logros especialmente destacados. La política de discriminación positiva ha neutralizado aquel dualismo que otorgaba un peso hegemónico a la minoría anglófona en el manejo de la economía desde su cuartel general situado en el distrito financiero de Montreal.

En realidad, el «paraguas» canadiense ha defendido razonablemente bien los intereses de la sociedad «québécoise». La consecución de un estricto bilingüismo que deja entrever la impronta de Pierre Trudeau, primer ministro de Canadá durante los periodos 1968/79 y 1980/84, constituye su mejor expresión: su aplicación estricta en las instancias federales permite, por ejemplo, encontrar letreros escritos en francés en las más recónditas carreteras sin asfaltar del remoto Territorio del Yukón, tales como la «Top of the World Highway» que une Canadá con el norte de Alaska, según ha tenido ocasión de constatar este autor. Un bilingüismo «papista» lleva a que las señales viarias de «stop», homogeneizadas internacionalmente, también lleven un «arrêt» como acompañamiento. Ottawa ha excluido los bienes culturales del libre comercio norteamericano con el objeto de preservar la identidad francófona en un continente anglófono, figurando tales excepciones en el acuerdo del NAFTA. Ottawa ha llevado a cabo una política cinematográfica fuertemente intervencionista al estilo europeo: las subvenciones oficiales han resultado fundamentales para que el cine de autor realizado en la «belle province» llegue a las pantallas; mientras, el Festival de Cine de Montreal se ha consolidado como un evento de prestigio internacional. La política de protección a la lengua francesa inspirada por Ottawa también ha conse-

guido fomentar el aprendizaje de la misma en el resto de Canadá: por ejemplo, un 6,4 por 100 de la población de la lejana British Columbia declaraba conocer las dos lenguas oficiales de Canadá en los inicios de los años noventa, frente al 3,5 por 100 en los comienzos de la década de los sesenta. No obstante, los ciudadanos de Quebec disponen de una cierta ventaja a la hora de acceder al funcionariado del gobierno federal, puesto que el grado de bilingüismo entre francófonos y anglófonos resulta muy superior al existente en otras provincias.

Un análisis desde los planteamientos de la lógica de la acción colectiva (Olson, 1971) permite afirmar que la «belle province» ha constituido un «lobby» bien organizado en Ottawa, consiguiendo una esfera de influencia superior a su peso demográfico. El hecho diferencial constituye un factor vertebrador de la sociedad quebequesa que aumenta su poder de negociación al reducir los costes de organización para defender los intereses de la provincia. La presencia de un primer ministro y de numerosos miembros del gabinete actual que son oriundos de Quebec contrastan estas afirmaciones. El anterior «premier» canadiense presentaba un excelente pedigrí para acceder al puesto en su calidad de abogado quebequés y bilingüe de origen irlandés. Un miembro de esta comunidad, repartida por medio mundo a partir de la diáspora del siglo XIX, puede ser considerado como «uno de los nuestros» por sus conciudadanos francófonos, rememorando la alianza proletaria entre «québécoises» e irlandeses frente a un capitalismo anglosajón dominante. Algunos estudios empíricos muestran que la variable «líder originario de Quebec» otorga a un Partido Liberal actualmente en el poder cinco puntos porcentuales de voto en las elecciones federales, a pesar de algunos datos desconcertantes en los comicios de 1993 (Nadeau y Blais, 1995). Estos datos contrastan que Quebec tiene un peso estratégico en el mercado electoral para aquellos partidos que quieran formar gobierno en Ottawa. Según señalan algunos autores, el auge de las posiciones separatistas supuso que, durante los años setenta, el gobierno federal aumentara significativamente las ayudas para el desarrollo regional dirigidas hacia Quebec con el objeto de suavizar la problemática (véase Brodie, 1990).

Las elecciones federales celebradas en 1993 han supuesto la plasmación política de la quiebra del agotado modelo económico que ha regido las relaciones interprovinciales históricamente. Los resultados evidencian cómo la crisis del federalismo canadiense está provocada por diversos fenómenos, más allá del problema del separatismo «québécois». El bipartidismo clásico se ha derrumbado: los Conservadores —en el poder hasta 1993— solamente consiguieron dos diputados en un arco parlamentario con 295 escaños; por el contrario, los Liberales ganaron las elecciones, convirtiéndose en la única fuerza con representación en todo el territorio canadiense. El «Reform Party», un partido que tiene su feudo electoral en las provincias occidentales y actúa como portavoz del descontento frente al centralismo de Ottawa, se convertiría en el tercer partido con mayor representación —52 escaños—. La paradoja que mejor traduce la nueva composición «olsoniana» de la máxima instancia del poder legislativo en Canadá es la siguiente: los nacionalistas del «Bloc Québécois», versión federal del «Parti Québécois», se han convertido en el partido oficial

de la oposición en Ottawa como segunda fuerza más votada con sus 54 escaños. Esta situación ha incrementado el poder de negociación de los nacionalistas «québécoises», conllevando una paralización de la política federal: el «*affair*» de la provincia francófona y la convocatoria del referéndum han monopolizado la escena parlamentaria. Un sistema electoral de corte mayoritario y un voto concentrado territorialmente en una sola provincia amplifican la representación de la calición nacionalista en el plano federal. El «*Bloc*» se hizo casi con las tres cuartas partes de los escaños correspondientes a Quebec con apenas la mitad de los votos contabilizados en dicha provincia.

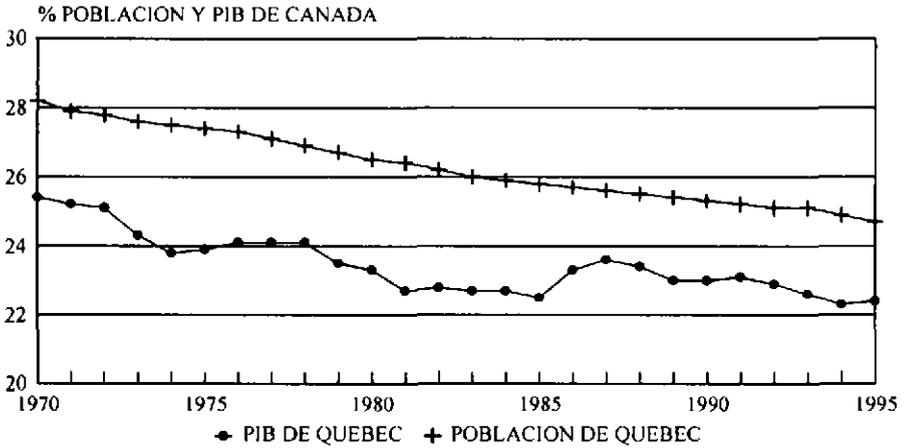
#### 4. EL SEPARATISMO «QUÉBÉCOIS»: UNA PERSPECTIVA ESTRATEGICA

En realidad, son las motivaciones culturales aquellas que explican el nacionalismo «québécois», encubriendo un trasfondo de razones geopolíticas y estratégicas de largo alcance. El declive de la influencia de Quebec en la economía y la sociedad canadienses, magnificado por el efecto lesivo que ejercen las propias expectativas futuras, ha creado desconcierto entre unos «québécoises» desbordados ante un Canadá que camina hacia el multiculturalismo más allá de su caracterización histórica como país binacional. Algunos vectores de este fenómeno son los siguientes:

a) La población francófona supone un 80 por 100 del total provincial. La adscripción de los inmigrantes al inglés como lengua de adopción y la baja tasa de natalidad de los «québécoises» originan «fantasmas» entre una comunidad francófona temerosa de convertirse en «minoría mayoritaria» dentro de su propia provincia. El gobierno regional ha reaccionado mediante la promulgación de decretos radicales en defensa del liderazgo de la lengua de Voltaire en la «*belle province*»: la prohibición para que los comercios instalen letreros no escritos en francés constituye uno de los últimos episodios. La población que tiene como lengua materna el francés dentro de Canadá ha descendido desde un 29 por 100 (1951) hasta un 25,7 por 100 (1981) y un 24,1 por 100 (1991): la provincia atlántica de New Brunswick, donde los francófonos suponen un tercio de la población; la minoría residente en Ontario —un 4 por 100 de sus habitantes—; y, los reductos «*métis*» de Manitoba en la Pradera constituyen los bastiones de lo que pudo llegar a ser la «*Nouvelle France*» más allá de Quebec. El peso demográfico de la provincia de Quebec tiende a reducirse gradualmente, traspasándose un umbral psicológico: su participación ya se sitúa por debajo de la cuarta parte de la población canadiense, un 24,7 por 100, según datos correspondientes a 1995, después de haber declinado gradualmente (véase gráfico núm. 2). Por otra parte, cabe destacar cómo Quebec es la provincia más grande del país con una extensión de 1.540.680 kilómetros cuadrados: un 15 por 100 de la superficie total de Canadá.

b) En segundo lugar, el peso de Quebec en la economía canadiense cotiza a la baja, generando una proporción decreciente del PIB canadiense, según puede observarse en el gráfico núm. 2. La crisis de un tejido industrial tradicional, que afronta

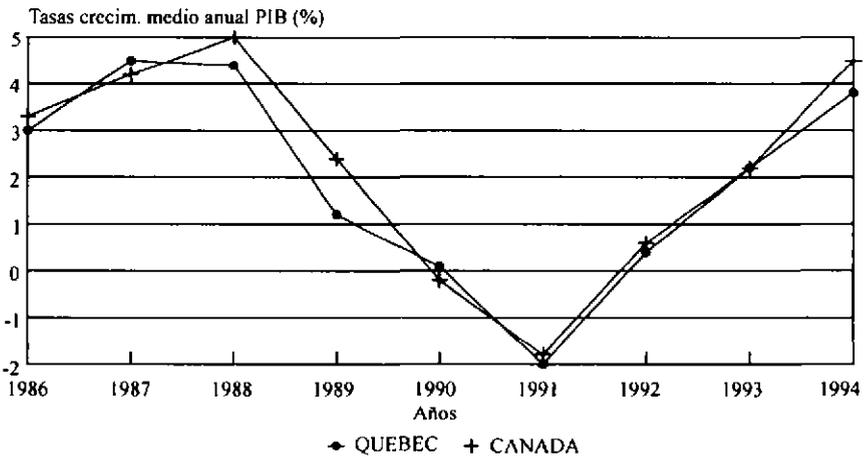
GRÁFICO 2. *Población y PIB de Quebec*  
(Participación dentro de Canadá)



Fuente: Statistics Canada.

un período de reconversión; el menor peso demográfico; el fortalecimiento de Toronto como capital económica y financiera del país; y el auge de los nuevos centros de gravedad del oeste de Canadá explican esta evolución. El ritmo de crecimiento del PIB durante los últimos años ha sido paralelo al promedio canadiense, con una tendencia a situarse a la zaga (véase gráfico núm. 3).

GRÁFICO 3. *Crecimiento del PIB (\*)*



Fuente: Statistics Canada.

(\*) PIB a precios constantes de 1986.

La dinámica referida de la geografía económica penaliza las expectativas de Quebec. La evolución de los centros de gravedad sigue un patrón dual, confirmando sus posiciones de liderazgo Toronto y las grandes ciudades del oeste: Vancouver, Calgary y Edmonton. Por ejemplo, Ontario comercia con las prósperas provincias occidentales tres veces más que Quebec, según fuentes de Statistics Canada. El dato siguiente resulta llamativo como indicador de la débil intensidad en las relaciones económicas con el oeste: en 1987, la proporción en número de viajeros entre los trayectos aéreos Montreal-Vancouver y Toronto-Vancouver era 1/4,4 (véase Preston, 1991).

Por otra parte, la falta de dinamismo se refleja en el mercado de trabajo: la provincia tiene una tasa de desempleo por encima del promedio canadiense, una menor tasa de actividad, unos salarios medios inferiores y un ritmo más bajo de crecimiento en el empleo (véase cuadro núm. 3). Además, Quebec registra un saldo migratorio neto negativo con las restantes provincias: —15.497 personas en 1992.

CUADRO 3. *Indicadores del mercado de trabajo*

	Quebec	Canadá
Tasa de desempleo (1995) (%) .....	11,3	9,5
Tasa de actividad (1994) (%) .....	62,5	65,3
Tasa crecim. medio anual empleo (1989/94) (%) .....	1,0	1,4
Salario semanal medio (1994) (\$ Can corr.) .....	544,1	567,1
Población (1995) (Mill.) .....	7,4	29,8

*Fuente: Statistics Canada y The Conference Board of Canada.*

c) En tercer lugar, la zona metropolitana de Montreal, donde se concentra casi un 44 por 100 de la población provincial, ha cedido definitivamente el testigo de la capitalidad económica de Canadá, compartida hasta hace veinticinco años con Toronto. Montreal podría haber perdido dicha posición en el sistema urbano nacional, deviniendo en el centro regional del Canadá francés. Como fenómeno simbólico, cabe destacar que los diarios financieros de difusión nacional que antaño tenían su sede en la metrópolis quebequesa han trasladado a Toronto sus redacciones centrales (Preston, 1991). Las empresas transnacionales que operan en Canadá localizan sus «cuarteles generales» en Toronto, donde se llevan a cabo las dos terceras partes de las transacciones financieras del país (véase Todd, 1995). Según puede observarse en el cuadro núm. 4, la capital de Ontario tiene una renta per cápita bastante mayor que Montreal, siendo también desventajosa la comparación con las dinámicas zonas metropolitanas del oeste.

La estructura urbana de Montreal exhibe grandes contrastes: la urbe quebequesa aparecía clasificada en un «ranking» internacional como la octava gran ciudad del mundo con mayor calidad de vida, según un «ranking» elaborado por la revista norteamericana *The National Times* en 1995. Por el contrario, una tercera parte de su población podría vivir por debajo de la línea de la pobreza en un contexto de

CUADRO 4. *La renta media de las familias en las ciudades*

	Renta media de las familias 1991 (\$ Can. corrientes)
Toronto .....	63.736
Ottawa-Hull .....	61.538
Calgary .....	58.587
Vancouver .....	57.100
Halifax .....	51.877
Montreal .....	50.496
Winnipeg .....	49.619
Quebec .....	49.206

*Fuente: Revenue Canada y The 1995 Canadian Global Almanac.*

agudo desempleo. La expansión de las industrias de demanda fuerte todavía resulta insuficiente para compensar la pérdida de empleos en las industrias tradicionales procesadoras de materias primas (OCDE, 1994). Además, la comunidad anglófona está registrando una fuerte propensión a la emigración ante la incertidumbre que flota en el ambiente: unas diez mil personas abandonan la provincia anualmente; mientras, una eventual separación podría ocasionar un éxodo masivo (Côté y Johnston, 1995). Un analista considera que el desplazamiento de empresas privadas hacia Toronto ha resultado tan acusado que la consumación de las pretensiones nacionalistas quebequesas no podría aumentar el ritmo de los diez años precedentes (Gibson, 1994). Esta movilidad de personas ha sido propiciada por el endurecimiento de las leyes lingüísticas, la incertidumbre política y las mejores oportunidades que se pueden encontrar en Toronto o en las ciudades del oeste. Las reiteradas promesas de un «Parti Québécois» que controla el gobierno regional acerca de su predisposición para convocar un nuevo referéndum sobre la autodeterminación en el medio plazo contribuyen a enrarecer el ambiente, acelerando la emigración y certificando la marginalidad creciente de Montreal y Quebec en el mapa económico de Canadá. Este fenómeno supone una pérdida irremediable de capital humano y activos empresariales, contribuyendo a «provincializar» la actividad económica de la ciudad y certificar la marginalidad creciente de Quebec en el mapa económico de Canadá. Precisamente, cabe destacar que la principal novedad en una remodelación del gabinete provincial del «Parti Québécois» ha sido la siguiente: la creación de un ministerio para la metrópolis de Montreal. La existencia de una gran ciudad de «talla mundial» constituye la condición necesaria para que una región como Quebec pueda ser competitiva en la economía global, donde las urbes se han convertido en protagonistas de primera fila buscando su proyección autónoma como interlocutores flexibles y descentralizados frente a los inversores internacionales. Montreal dispone de un activo importante que no debe perder: se trata de una «imagen de marca» auspiciada por la elevada calidad de vida; una política de urbanismo avanzada e imaginativa; la concentración de actividades intensivas en I+D; la excelencia de sus centros univer-

sitarios; y, el prestigio internacional que otorga haber organizado una Exposición Universal (1967) y unos Juegos Olímpicos (1976).

En definitiva, la pérdida de peso geopolítico, demográfico y económico ha encontrado una fuerte reacción separatista entre la población «québécoise». La definición binacional de la Confederación ha devenido en un nuevo ente multicultural, cuya complejidad supera la suma del Canadá inglés y francés. Canadá continúa siendo un país de oportunidades forjado con inmigrantes: según datos correspondientes a 1996, solamente en dicho año más de 220 mil nuevos residentes se establecieron legalmente en el país. La inmigración asiática está adquiriendo un peso hegemónico, sobre todo en el Oeste: Hong Kong, India, China, Taiwán, Filipinas, Paquistán y Sri Lanka encabezan el «ranking». Ontario y British Columbia constituyen los destinos favoritos para los recién llegados; mientras, solamente un 12,9 por 100 de los mismos opta por Quebec. Este hecho acelera su pérdida de peso demográfico dentro de un país que anualmente recibe casi un cuarto de millón de nuevos residentes, amenazando con abrir una brecha frente al emrgente «melting pot» canadiense. El aporte de una inmigración crecientemente cualificada supone auténtica «savia fresca» para la creación de pequeñas y medianas empresas de alto crecimiento como, sobre todo, está ocurriendo en el Oeste. La política de inmigración adquiere connotaciones estratégicas para Quebec, única provincia que comparte competencias con el gobierno de Ottawa en dicha materia. La importante entrada de haitianos experimentada hace algunos años puede interpretarse desde el intento de buscar una presencia francófona; mientras, más del 82 por 100 de los 3.300 franceses llegados en Canadá durante 1996 optaron por establecerse en Quebec: las afinidades culturales realmente importan. Las nacionalidades con una mayor propensión a instalarse en Quebec dentro del «ranking» de los veinte principales países de origen de los emigrantes que Canadá recibe son los siguientes (1996): bosnios (29 por 100), rumanos (27 por 100), israelitas (22 por 100) y vietnamitas (13 por 100). Y, volviendo a la cultura, cabe destacar la proximidad en este plano de Rumania y Francia dentro de la Europa Latina, explicando tal vez la proporción razonablemente elevada de emigrantes rumanos establecidos en Quebec.

Los políticos no han logrado encontrar un engranaje adecuado para la «belle province» como «sociedad distintiva» dentro de la Confederación. Las tentativas para lograr los acuerdos intergubernamentales del «Lago Meech» y «Charlottetown» han fracasado. Este último fue llevado a un referéndum en octubre 1992, resultando vencedor el «no» en buena parte de Canadá —incluso en Quebec, donde se consideraba que el acuerdo no iba a conseguir cambiar la situación—. Las poblaciones aborígenes se oponen a un trato preferencial para Quebec; y, las provincias occidentales consideran que Canadá está pagando un precio excesivo para garantizar la permanencia de Quebec en la Confederación.

Los vientos internacionales se mueven hacia la integración económica y la supresión de fronteras. La independencia de Quebec se nos antoja un sueño romántico, la aspiración del subconsciente colectivo de un pueblo a la defensiva en un continente anglófono por recrear un país que pudo ser y no fue: la «Nouvelle

France». El lema de la provincia, ostentoso en las matrículas de todos los vehículos, avala esta afirmación: «Je me souviens» —;«no me olvido»;—; mientras, el grito de «vive Le Québec libre», pronunciado por Charles de Gaulle desde el balcón del ayuntamiento de Montreal (1967) ha quedado grabado en la memoria colectiva. Los nacionalistas de Quebec siempre han buscado el apoyo de París; e, incluso, el ex-premier provincial Parizcau ha relatado en 1997 cómo el antiguo presidente francés Giscard D'Estaing le recomendó proclamar la independencia inmediatamente tras el referéndum sobre la autodeterminación en caso de ganar dicha consulta. Sin embargo, estratégicamente, la unidad de un Canadá bilingüe que desempeña un papel importante en la escena internacional como país miembro del G-7-, el club de los países más industrializadas del planeta donde se adoptan importantes decisiones relativas a la cooperación económica internacional, resulta más interesante para los intereses de la política exterior diseñada desde el Eliseo y el Quai D'Orsay.

Los separatistas francófonos han actuado estratégicamente, más allá de las involuciones románticas y aparentemente irracionales que promueve el nacionalismo. Una separación política «suave» o «amistosa» permitiría un mayor poder de negociación frente a Ottawa: un 1/1 frente al actual 1/9, donde ocho provincias anglófonas y solamente una bilingüe (New Brunswick) definen dicho equilibrio en la escena federal. La reducción en el peso geopolítico de Quebec dentro de la estructura demográfica y económica de la Confederación supone una menor influencia en Ottawa en un contexto caracterizado por el fortalecimiento del lejano Canadá Occidental como un nuevo centro de gravedad pujante. La asociación con Canadá dentro de una unión económica y monetaria impediría un «big bang» en las relaciones cotidianas con el resto del país. Por ejemplo, una buena parte de los votantes «québécoises» indecisos descaban una transferencia de la mayor parte de los poderes centrales hacia el gobierno provincial; pero, por otra parte, querían continuar manteniendo unos vínculos fuertes que les permitieran disponer de sus dólares y pasaportes candienses (Côté, 1994). Los separatistas del «Parti Québécois» buscaban satisfacer estas demandas ante una eventual victoria en el referéndum. La propia pregunta planteada a la ciudadanía en el plebiscito celebrado en 1995 contenía una ambigüedad extrema: ¿acepta usted que Quebec adquiriera su soberanía después de haber ofrecido formalmente a Canadá una nueva asociación económica y política en el marco del proyecto de ley sobre el futuro de Quebec correspondiente al acuerdo suscrito el día doce de junio de 1995?». Los nacionalistas jugaban la carta de intentar preservar las ventajas derivadas de la pertenencia a Canadá desde una soberanía reforzada que dotase a Quebec de un mayor poder de negociación frente a Ottawa.

El interrogante relevante puede plantearse en los términos siguientes: ¿habría permitido el resto de Canadá un comportamiento de Quebec como «free rider» que se beneficiase de las ventajas de la unión sin formar parte de ella? Las respuestas parecen plantear cierta ingenuidad en las posiciones defendidas por el «Parti Québécois» ante sus electores. Algunas razones son las siguientes:

a) Ottawa planteó como irreversible una salida de Quebec. Una encuesta mostraba unos días antes de la celebración del plebiscito cómo el 67 por 100 de la

población anglófona de Canadá denegaba una asociación entre Quebec y Canadá con las características antes descritas. Los primeros ministros de las cuatro provincias occidentales rechazaron la sugerencia para que un Quebec separado continuara disfrutando de los beneficios plenos del libre comercio interprovincial. Según algunos juristas, Quebec podría conseguir un acuerdo de libre comercio con el resto de Canadá, pero perdería todos los beneficios que obtiene actualmente derivados de su caracterización como una provincia con una renta per cápita situada por debajo del promedio canadiense (Trebilcock y Behboodi, 1995).

b) Algunos autores han planteado cómo la separación de Quebec podría provocar el incumplimiento en la «belle province» de los criterios de convergencia para formalizar una unión monetaria con Canadá: un déficit excesivo en la balanza por cuenta corriente sería responsable de esta situación (Côté y Johnston, 1995). La posible necesidad de crear una nueva moneda en un contexto de endudamiento público agudo se encontraría con la desconfianza internacional, propiciando una salida crónica de capitales hacia estados Unidos o el resto de Canadá. Una segunda opción habría consistido en vincular la nueva moneda al dólar de Estados Unidos mediante un tipo de cambio fijo (Gibson, 1994).

c) El entonces ministro canadiense de Comercio, Roy MacLaren, manifestaba que una separación de Quebec supondría su salida inmediata del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México —o NAFTA—. Un Quebec independiente debería solicitar su ingreso en la Organización Mundial de Comercio, pudiendo tener que esperar varios años hasta que el reingreso en el NAFTA fuera un hecho.

Como punto final, resulta paradójico que la pérdida de peso económico, demográfico y geopolítico ha favorecido el radicalismo de las posturas nacionalistas. Sin embargo, la consumación de sus propuestas podría actuar como un «boomerang» que acelerase el declive de la provincia dentro de una Canadá cuyos focos principales de prosperidad apuntan hacia un Oeste crecientemente integrado en la Cuenca del Pacífico.

## 5. LA NUEVA ECONOMIA DE QUEBEC

La economía de Quebec está experimentando una transición, revitalizándose su tejido productivo. El nuevo dinamismo económico viene expresado por algunos datos significativos:

a) Quebec es la tercera provincia con un mayor aporte de la productividad total de los factores en el proceso de crecimiento, detrás de Ontario y Nova Scotia (Lefebvre, 1994).

b) La economía de Quebec lidera el «ranking» provincial de creación de nuevos empleos en 1994: unos 76.200; mientras, otros 58.000 puestos de trabajo podrían haberse generado en 1995 y unos 64.000 en 1996, según fuentes de la Conference Board of Canada y Statistics Canada.

c) Las exportaciones de manufacturas han liderado la expansión durante los tres últimos años, destacando el comportamiento de productos tales como la madera, el papel de periódico, los equipos de telecomunicaciones y los componentes aeronáuticos.

La industria tiene un participación superior que en el conjunto canadiense, generando un 21 por 100 del PIB, frente a un 18 por 100 para la Confederación. El tejido productivo de este sector parece mostrar una fortaleza creciente después de unos años de reconversión:

a) Por una parte, Quebec tiene industrias intensivas en recursos naturales que son competitivas en los mercados internacionales, como es el caso de las industrias maderera y papelera —que suponen una quinta parte de las ventas al exterior—. Esta última ha afrontado grandes inversiones para modernizar sus plantas productivas y reducir sus vertidos contaminantes.

b) La industria de automoción está experimentando un auge importante, reduciendo el peso hegemónico de Ontario en este área. Además la fabricación de componentes aeronáuticos constituye la rama principal dentro del rubro de equipo de transporte.

c) Las producciones dinámicas de demanda fuerte y mayor componente tecnológico elevado están registrando un crecimiento notable. Por ejemplo, la rama de maquinaria eléctrica y electrónica representa un 10 por 100 del valor añadido industrial, frente a un porcentaje inferior al 5 por 100 en Ontario. Algunas actividades que están consiguiendo una presencia creciente en la estructura industrial de la zona metropolitana de Montreal son las siguientes: la fabricación de ordenadores y equipos de telecomunicaciones; las producciones aeroespaciales; y, la rama farmacéutica y biotecnológica. Paralelamente, Quebec quiere desarrollar servicios con alto valor añadido, habiendo conseguido una posición de liderazgo en programas de «software» educativo (Lamont, 1995).

Los lazos comerciales con los vecinos del sur se fortalecen: Estados Unidos absorbió un 82 por 100 de las exportaciones en 1994, frente al 79 por 100 en 1993. El sesgo regional adquiere una dimensión muy fuerte: la intensidad comercial con los territorios cercanos de Nueva Inglaterra y el estado de Nueva York resulta especialmente sólida (véase cuadro núm. 5). El desarrollo de grandes proyectos hidroeléctricos en la provincia permite augurar una fuertes expansión de las ventas de electricidad hacia estos estados cercanos. Algunos productos importantes en las ventas a Estados Unidos son: el papel de periódico, la madera, el aluminio y los componentes aeronáuticos (véase Gagnon, 1994). El comercio intra-industrial en esta última rama puede conllevar importantes economías de aprendizaje que contribuyan a la expansión del sector aeroespacial en Quebec. La provincia registró un superávit global de 17 millones de dólares canadienses en sus intercambios comerciales con Estados Unidos durante 1994. Por otra parte, cabe destacar el grado elevado de intensidad comercial registrado con la Unión Europea, tomando como referencia el promedio canadiense (véase cuadro núm. 5). La Cuenca del Pacífico se ha convertido en el centro de gravedad de la economía mundial: los intercambios entre Asia Oriental y Norteamérica constituyen su vector más dinámico dentro de las relaciones entre grandes bloques geoeconómicos; mientras, la Unión Europea ya comercia más con Asia Oriental que con la zona NAFTA, al contrario de lo que ocurría todavía diez años atrás. Las provincias occidentales de Alberta y British

Columbia, insertadas en la próspera Cuenca del Pacífico, aumentan su peso relativo dentro de la estructura económica y demográfica de Canadá; mientras, un Quebec que principalmente mira al otro lado del Atlántico asiste a un lento declinar. La concreción de una zona de libre cambio euronorteamericana a partir de un foro existente como el Espacio Transatlántico, donde todavía no participa Canadá, podría suponer un revulsivo para Quebec susceptible de amortiguar su pérdida de centralidad dentro de la economía nacional.

CUADRO 5. *I.I.C. de Quebec (\*)*

	(1993)	
	I.C.C. (Export)	I.C.C. (Import.)
Estados Unidos .....	0,99	0,66
N. Inglaterra (**)	2,70	2,34
Nueva York .....	1,41	0,99
Unión Europea .....	1,86	2,22
Japón .....	0,29	0,44

(\*) I.I.C. = Índice de intensidad comercial.

I.I.C. (export.) = (Export. de Quebec al país j / Export. totales de Quebec) / (Export. de Canadá al país j / Export. totales de Canadá).

I.C.C. (import.) = (Import. de Quebec procedente del país j / Import. totales de Quebec) / (Import. Canadá del país j / Import. totales de Canadá).

(\*\*) La región de Nueva Inglaterra (Estados Unidos) está formada por los estados siguientes: Connecticut, Maine, New Hampshire, Massachussetts, Rhode Island y Vermont.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de *Statistics Canada*.

La «belle province» ha abanderado sin fisuras la firma del acuerdo de libre comercio con Estados Unidos, frente a las posiciones más encontradas de Ontario. La comparación entre ambas provincias permite encontrar similitudes con los cambios acaecidos en el mapa regional europeo. La flexibilidad de Quebec y su entrada en la alta tecnología presentan paralelismos con el dinamismo reciente de los «län-der» del sur de Alemania —Baden-Württemberg y Baviera—. Por el contrario, la industria de Ontario, excesivamente centrada en la rama de automoción y comprometida con el viejo modelo proteccionista canadiense, presenta un mayor grado de rigidez que obstaculiza los cambios estructurales, habiendo asistido durante los últimos años a una fuerte reconversión de su tejido productivo.

Según consideran algunos autores, el éxito de la economía quebequesa depende en buena parte del vigor de las pequeñas y medianas empresas (Gagnon, 1994). Por ejemplo, fuera de las áreas metropolitana de Quebec y Montreal han surgido distritos industriales de gran interés. La región de Centre-Mauricie presenta economías de aglomeración para la fabricación de embarcaciones de recreo de gama alta; y, la exportación hacia Nueva Inglaterra constituye uno de sus principales mercados (Julien, 1992). El mantenimiento de la competitividad de las pequeñas y medianas empresas exige la disponibilidad de una dotación adecuada de capital humano. En

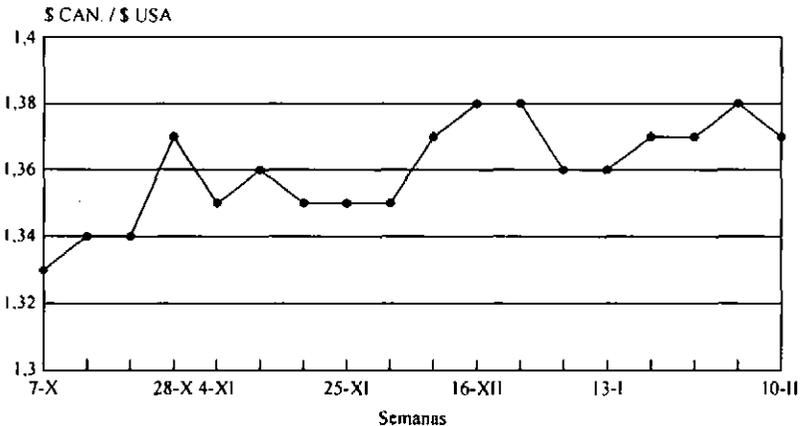
este punto, Quebec presenta un activo, disponiendo de la mayor proporción relativa de estudiantes que reciben cursos de formación profesional dentro de Canadá (Courchene, 1994). El pasivo viene representado por su caracterización como segunda provincia con una tasa mayor de abandono escolar en la educación secundaria (Côté y Johnston, 1995). Algunos centros de enseñanza superior han alcanzado niveles razonables de excelencia en el contexto de Norteamérica; no obstante, su universidad de élite radicada en Montreal es anglófona: se trata de McGill University.

En clave de economía política, el nuevo dinamismo de la economía regional se ha convertido en un aval de primera instancia para los separatistas: una industria competitiva desempeñaría el papel de «seguro» contra la independencia en un marco de creciente interdependencia con Estados Unidos. Sin embargo, un Quebec independiente podría tener menor poder que Ottawa para preservar la protección de la cultura francófona frente al flujo permanente de información procedente del sur de la frontera. Un Canadá bilingüe daría paso a una isleta francófona dentro de un continente mayoritariamente anglófono.

#### 6. LAS CONSECUENCIAS ECONOMICAS DEL REFERENDUM

Los mercados penalizaron la convocatoria del referéndum celebrado en 1995: la depreciación gradual del dólar canadiense durante aquel mes de octubre constituye la evidencia más clara (véase gráfico núm. 4). La victoria de los federalistas, más allá de la ambigüedad del resultado, mejora las expectativas sobre las perspectivas futuras del país: los quebequeses y los canadienses salieron ganando con la decisión impuesta por las urnas. El momento parecía propicio para lograr avances significativos en dos cuestiones, como son: la lucha contra el déficit y el endeudamiento público; y la renovación del federalismo canadiense.

GRÁFICO 4. Tipo de cambio (\$ Can / \$ USA) 1995/96



Fuente: *The Economist*.

Ottawa y las provincias han comenzado a aplicar políticas fiscales creíbles para combatir el endeudamiento de las Administraciones Públicas. La agencia de «rating» *Moody's* redujo previamente al plebiscito los indicadores de solvencia de los bonos de deuda canadiense, reclasificándose la deuda externa —desde una confianza máxima, AAA, hasta AA1— e interna —desde AA1 hasta AA2—. Los mercados de divisas continuarían lanzando un mensaje de atención sobre este problema: el dólar canadiense no cesó de depreciarse tras un «respiro» después del referéndum (véase gráfico núm. 4). La importancia de la desconfianza propiciada por el endeudamiento como factor causal de la depreciación del dólar canadiense queda testimoniada al constatar cómo los tipos de interés evolucionaban a la baja durante aquel período, diversificándose las carteras de los inversores hacia activos denominados en otras monedas que ofrecieran mayor rentabilidad.

Las medidas de ajuste iniciadas por el gobierno federal han dispuesto de una situación política excepcionalmente favorable: el «monopolio» del Partido Liberal favorecería la adopción de las medidas realmente necesarias. La reducción del gasto público hubiera resultado más complicada en un escenario alternativo con un Partido Conservador sólido. El mercadeo político hubiera exigido que los liberales no redujesen el gasto antes de las próximas elecciones, con el objeto de satisfacer las expectativas de su «clientela» tradicional, partidaria de una agenda social expansiva. El gobierno de Jean Chretien se ha presentado ante los electores con un magnífico respaldo en los comicios federales celebrados en 1997: la credibilidad otorgada por los éxitos en materia de ajuste macroeconómico. El déficit público se está recortando drásticamente desde una magnitud equivalente al 5 por 100 del PIB (1994/95) hasta un previsible 2 por 100 en los presupuestos correspondientes al ejercicio 1997/98 y un 1 por 100 definido como objetivo hacia el año fiscal 1998/99. La revalidación de la mayoría absoluta por parte de los Liberales reproduce unas expectativas favorables acerca de la credibilidad gubernamental para seguir saneando las finanzas públicas.

Paralelamente, las provincias han iniciado la lucha contra el déficit en su nivel administrativo. Alberta se ha convertido en la «rueda a seguir», llevando a cabo los recortes más drásticos en el gasto encaminados a lograr el equilibrio presupuestario en 1997. Quebec, la provincia más endeudada, se ha constituido en «farolillo rojo» a la hora de aplicar las políticas fiscales restrictivas: su déficit público representaba un 2,3 por 100 del PIB en el ejercicio 1995/96, frente a un promedio del 1,5 por 100 para el conjunto de las provincias canadienses. Precisamente, después de los fastos asociados a la convocatoria del referéndum, el nuevo gabinete provincial —encabezado por el moderado Lucien Bouchard, antiguo líder del «Bloc Québécois»— ha planteado la resolución de los problemas presupuestarios como una prioridad principal: el déficit presupuestario se ha reducido hasta el volumen reseñado en las líneas anteriores desde un valor equivalente al 3,4 por 100 del PIB en el año fiscal 1994/95.

## 7. LA RENOVACION DEL FEDERALISMO CANADIENSE

La Confederación canadiense ha conseguido grandes logros, disfrutando sus ciudadanos de los niveles de mayor calidad de vida del mundo, según refleja el «ranking» de «desarrollo humano» elaborado por las Naciones Unidas, mediante la ponderación de variables tales como la esperanza de vida, el nivel de ingreso «per cápita» y los promedios educativos. Los estudios empíricos muestran que, desde mediados de los años sesenta, ha habido un proceso de convergencia provincial en términos de PIB «per cápita» y productividad de los factores dentro de un marco caracterizado por un fuerte sesgo hacia la redistribución territorial de rentas (Lefebvre, 1994). Los nuevos tiempos exigen un reto: el mantenimiento de una identidad apoyada en los programas federales de gasto social en un contexto fiscal restrictivo. La transición desde un «federalismo cooperativo» hacia un modelo con mayores dosis de «federalismo competitivo» se impone como necesidad. Probablemente, uno de los principales defectos del sistema canadiense haya consistido en la percepción que las provincias han tenido de la estructura federal como un «bien público». La posibilidad de un consumo no excluyente y no rival del amplio abanico de prestaciones ofertadas por Ottawa reducía los incentivos para revelar las preferencias provinciales. Un comportamiento racional por parte de las «have not provinces» y un cierto «efecto ilusión» en algunas «have provinces» habrían devenido en un aumento paralelo del endeudamiento provincial y federal reproducido por inercia. Este defecto puede ser corregido en un modelo de «federalismo competitivo», donde las provincias tengan incentivos a revelar sus preferencias y determinar el precio que están dispuestas a pagar por las transferencias recibidas desde los poderes federales. La existencia de duplicaciones en las partidas presupuestarias federales y provinciales explicada en parte por los comportamientos estratégicos descritos desde la paradoja de la «cuenta del restaurante» otorga un margen para reducir el gasto público sin mermar significativamente su rentabilidad social. En este modelo, puede alcanzarse un punto de equilibrio óptimo acerca de cuál debe ser el tamaño de Ottawa en la toma de decisiones y la gestión de recursos. El profesor Leslie plantea que habitualmente se ha considerado a Canadá como un país que demanda niveles escandinavos de servicios públicos con unos impuestos de corte norteamericano: esto acabaría por provocar el descontento generalizado hacia el incremento de los impuestos al mismo tiempo que disminuye la calidad de los servicios públicos (Leslie, 1996). Según señala un autor, una buena parte del país siente un gran afecto por Canadá y muy poco por Ottawa (Gibson, 1994): esta anomalía debe finalizar.

Por otra parte, la liberalización comercial en Norteamérica y la quiebra del modelo clásico de economía política en Canadá han evidenciado la distorsión representada por la existencia de barreras interprovinciales que obstaculizan el funcionamiento de un verdadero mercado único. Por ejemplo, todavía en 1993 el gobierno de Quebec establecía un precio mínimo para la venta de cerveza a nivel minorista, complementando la legislación que exige la obtención de un complicado permiso de distribución para aquellas empresas localizadas fuera de la provincia, en el intento

de proteger la producción autóctona (Irvine and Sims, 1994). Finalmente, el uno de julio de 1995 ha entrado en vigor el Acuerdo para la Liberalización del Comercio Interno, cuyo objetivo consiste en derribar las barreras interprovinciales. Las ganancias de bienestar derivadas del proyecto podrían alcanzar en torno al 1,5 por 100 del PIB (Schwanen, 1995). No obstante, la exclusión de algunas áreas —como la energía, los servicios financieros o las cuotas agrarias— y un énfasis excesivo en las excepciones apoyadas en motivaciones de desarrollo regional suavizan el texto final (Trebilcock y Behboodi, 1995: 85). Probablemente, la virtud más notable del acuerdo consista en haber delimitado en la agenda la necesidad de formar un auténtico mercado único como condición para fortalecer la propia cohesión territorial de Canadá.

Finalmente, cabe destacar que la ambivalencia de los resultados obtenidos en el referéndum de Quebec deja entrever la amenaza latente de un «a la tercera va la vencida», exigiendo una celeridad en las reformas políticas y económicas que doten a la «belle province» de un engranaje adecuado dentro de la Confederación. Un escenario contrario a este planteamiento obligará a internalizar la incertidumbre como un parámetro estructural de un Canadá cuya unidad resulta vulnerable. Precisamente, numerosos análisis de prospectiva han planteado la propia fragmentación del país como un escenario posible en caso de independizarse Quebec, pudiendo alguna provincia llegar a solicitar su anexión a los Estados Unidos. La provincia francófona ha jugado tradicionalmente un papel de contrapeso frente al peso hegemónico de Ontario dentro de la estructura demográfica canadiense: esta última supondría en torno al 50 por 100 de la población del país y una proporción incluso algo superior de su PIB. Unas Provincias Atlánticas muy interdependientes con Quebec quedarían aisladas del resto de Canadá y su PIB «per cápita» podría reducirse en un 30 por 100 ante la eventual separación de la «belle province» (véase Gibson, 1994). No obstante, algunos politólogos sugieren que un Canadá sin Quebec facilitaría los acuerdos entre el gobierno federal y las provincias, para mejor o peor, al finalizar las provisiones excepcionales otorgadas a la «belle province», desmontando los argumentos para una mayor descentralización en favor de unas provincias que buscaban la equiparación con Quebec (véase McMillan, 1995).

Los resultados de las elecciones federales celebradas en junio de 1997 muestran cómo el separatismo de Quebec ha abierto una auténtica «caja de Pandora» donde todavía caben más sorpresas capaces de amenazar la cohesión territorial de Canadá. La nueva Cámara de Representantes resulta si cabe más atípica que aquella existente durante la legislatura que acaba de finalizar. Paradójicamente, un sistema electoral mayoritario importado del Reino Unido y encaminado a perpetuar el bipartidismo clásico entre Liberales y «Tories» se ha encargado de ahondar maquiavélicamente un proceso de regionalización absolutamente exacerbado de la estructura política nacional. La Confederación ha experimentado una evolución gradual hacia la descentralización en favor de las provincias a lo largo de su historia; sin embargo, los comicios de 1993 y 1997 representan un auténtico «big bang» o salto cualitativo en la aceleración de dicho devenir.

El regionalismo discolo del Oeste se une a los nacionalistas «québécoises» dentro del grupo formado por aquellas «fuerzas vivas» que amenazan con erosionar la cohesión territorial de Canadá. Según se observa en el mapa núm. 1, el «Reform Party» recoge el testigo del «Bloc Québécois», convirtiéndose en la primera fuerza de la oposición dentro del Parlamento de Ottawa gracias a haber conseguido un número abrumador de escaños en sus plataformas electorales de Alberta y British Columbia. Un populismo «anti-Quebec» ha estado presente en los discursos de su líder, Preston Manning, quién ha sabido pulsar el estado de una opinión pública que muestra un descontento creciente por el trato preferencial que la provincia francófona podría estar recibiendo por parte del gobierno federal, desde una percepción ampliamente extendida en el oeste. Según se ha reseñado anteriormente, la cohesión de los «québécoises» en torno a su hecho diferencial ha promovido una presencia de Quebec en la escena canadiense que va más allá de su peso demográfico, habiendo paralizado la convocatoria del referéndum sobre autodeterminación el funcionamiento normal de la política federal. El regionalismo de unas áreas occidentales que aumentan su participación económica y poblacional dentro de Canadá contribuiría a amortiguar aquel sobrepeso político desempeñado por Quebec dentro de la Confederación que actúa en detrimento del Oeste, puesto que Ontario continúa siendo la provincia más poderosa del país. Se gestaría un nuevo grupo «olsoniano» capaz de aglutinar al Oeste para ejercer una acción colectiva que defienda sus intereses frente al resto de Canadá. La desconfianza frente al binomio Ottawa-Quebec actuaría como elemento vertebrador de su sociedad civil, posibilitando una reducción de los costes de organización para construir un «lobby» regional poderoso con capacidad para aumentar el poder de negociación de Alberta y British Columbia. Paralelamente, estas provincias anglófonas registran una sensibilidad mucho menor hacia el problema «québécois» que una cercana provincia de Ontario muy interdependiente económicamente con Quebec y acostumbrada a lidiar históricamente con el carácter distintivo de la «bella provincia» dentro de un Canadá binacional. Desde un Oeste que camina hacia la multiculturalización bajo un patrón inmigratorio «asianizado», Quebec estaría simplemente demasiado distante en los planos económico, geográfico, y cultural. British Columbia se integra aceleradamente en la costa Oeste norteamericana dentro de una próspera región transfronteriza que camina hacia la alta tecnología: se trata de «Cascadia» o «Pacífica». Vancouver se ha convertido en puerta de entrada para las inversiones y los inmigrantes cualificados y adinerados procedentes de Asia Oriental, facilitando también el acceso a los complicados mercados de ese continente: una quinta parte de la población de aquella ciudad declara que su primera lengua es el chino, acuñándose un término con amplias resonancias simbióticas como «Hongcouver». Vancouver y Hong Kong se han tendido un «puente» transoceánico que trata de reducir los costes de transacción para fusionar los mercados de Asia y las Américas dentro de la Cuenca del Pacífico, bajo la impronta de la globalización y la futura zona de libre cambio transpacífica pergeñada por el Foro para la Cooperación Económica en Asia y el Pacífico (APEC). Un tópico plantea el «americanismo» del Canadá Occidental frente al «europeísmo» de Que-

bec, Ontario y las Provincias Atlánticas. Este argumento tal vez resulte realista en Alberta; sin embargo, presenta serias fallas en el caso de British Columbia. Los Nuevos Demócratas, un partido tradicional de cuño socialdemócrata, detentan el gobierno regional de esta última provincia. El discurso neoliberal habitual de los reformistas en favor de reducir la presión fiscal y el Estado del Bienestar no acaba de convencer puertas adentro. Por ello, adquiere sentido interpretar el éxito abrumador de dicho partido en las elecciones federales como una muestra de la desconfianza frente a la incapacidad del gobierno de Ottawa para hacer frente al problema de un Quebec cuyo peso político resulta excesivo, impidiendo que la fortaleza de los nuevos centros de gravedad del Oeste se traduzca en un mayor peso político. Paralelamente, la generosidad del sistema de pagos redistributivos a escala territorial también plantea un cierto resentimiento en unas «have provinces» que apoyan la política de reducción del gasto público inspirada por el gabinete liberal de Jean Chretien.

El «Bloc Québécois» ha perdido fuelle en las elecciones de 1997 como consecuencia de la «depresión post-referéndum» y del desgaste que ha originado la derrota en el plebiscito. La mayor organización del resto de Canadá, fundamentalmente en el Oeste, frente al problema de Quebec, reduce el poder de negociación de la provincia francófona para pactar un acuerdo de asociación con Ottawa y las restantes nueve provincias ante el caso hipotético de victoria de los nacionalistas en un nuevo plebiscito. No obstante, la coalición aglutinada en torno al «Bloc» continúa siendo la primera fuerza política de la provincia francófona, si bien los Liberales han recuperado parte del terreno perdido en cuanto a número de votos. Los nacionalistas continúan detentando un poder en la escena federal que va más allá del 10,7 por 100 que han logrado sobre el total de votos emitidos en el conjunto de Canadá (véase mapa núm. 1). El «premier» del gobierno quebequés, Lucien Bouchard, tendrá que retrasar sus planes para convocar un nuevo referéndum donde se dilucide la autodeterminación. El auge del «Reform Party» constituye una buena noticia para unos nacionalistas de Quebec ansiosos de aumentar su poder de negociación frente a un gobierno federal en manos de los Liberales, cuyo respaldo se va viendo mermado en un espectro territorial cada vez más amplio. Las analogías con España también resultan patentes, configurándose los nacionalistas catalanes y vascos como fuerzas políticas claves a la hora de preservar la estabilidad de los gobiernos de la nación, destacando el correspondiente incremento de su poder de negociación frente a Madrid. El gobierno de la provincia de Quebec mantiene unas excelentes relaciones con la Generalitat de Cataluña, cabiendo reseñar la visita oficial realizada recientemente por el honorable Jordi Pujol a Canadá.

La provincia de Ontario se constituyó en la espina dorsal de Canadá en los tiempos del proteccionismo económico. Su papel resulta fundamental en la era de la globalización como eje sobre el cual pivota la estabilidad política de Canadá. Los Liberales han revalidado su mayoría absoluta por un ligerísimo margen gracias a su fuerza hegemónica en Ontario, donde han conseguido una proporción de 101/103 escaños. Un mayor calado del populismo de los reformistas en una provincia donde

MAPA 1. Las elecciones federales de Canadá 1997

**CLAVES DE PARTIDOS Y COALICIONES**

PC = Partido Conservador  
 PL = Partido Liberal  
 BQ = Bloc Québécois  
 PR = Partido Reformista  
 PND = Partido de los Nuevos Demócratas  
 OT = Otros

**CLAVES DE PROVINCIAS Y TERRITORIOS**

T.N. (Territorios del Noroeste).  
 B.C. (British Columbia).  
 I.P.E. (Isla del Principe Eduardo).  
 N.B. (New Brunswick).  
 N. Scot. (Nova Scotia).  
 Saskatch (Saskatchewan).



Reparto de escaños  
 Cámara de Representantes

	PL	PR	BQ	PC	PND	OT
Canadá .....	155 (38,4)	60 (19,3)	44 (10,7)	20 (18,9)	21 (11,0)	1 (1,7)
Quebec .....	026 (36,0)	00 (00,3)	44 (37,6)	05 (22,0)	0 (1,98)	0 (1,0)
Ontario .....	101 (48,5)	00 (18,8)	—	01 (18,5)	0 (10,5)	1 (1,8)
I.P.E. ....	004 (44,6)	00 (01,5)	—	00 (38,1)	0 (15,1)	0 (0,3)
N.B. ....	003 (32,7)	00 (13,1)	—	05 (34,8)	2 (18,2)	0 (0,6)
N. Scot. ....	000 (28,2)	00 (09,6)	—	05 (30,4)	6 (30,2)	0 (0,8)
Terranova .....	004 (37,6)	00 (02,5)	—	03 (36,4)	0 (21,8)	0 (0,9)
Manitoba .....	006 (34,3)	03 (23,3)	—	01 (17,3)	4 (22,8)	0 (1,0)
Saskatch. ....	001 (24,5)	09 (35,8)	—	00 (07,8)	4 (30,7)	0 (0,6)
Alberta .....	002 (23,6)	24 (54,1)	—	00 (14,2)	0 (5,7)	0 (1,2)
B.C. ....	006 (27,5)	24 (41,2)	—	00 (05,9)	4 (17,3)	0 (4,0)
Yukon .....	000 (20,0)	00 (23,0)	—	00 (12,7)	1 (26,4)	0 (0,9)
T.N. ....	002 (40,2)	00 (11,1)	—	00 (14,4)	0 (19,4)	0 (7,4)

\* Entre paréntesis figura el porcentaje de voto en Canadá, provincias y territorios.  
 Fuente: Embajada de Canadá en Madrid.

han obtenido casi una quinta parte de los sufragios emitidos abonaría el terreno para una erosión de la cohesión territorial de Canadá: la labor de Ontario como árbitro territorial entre el regionalismo del Oeste y el nacionalismo «québécois» adquiere extrema importancia para la estabilidad del país. Precisamente, la preservación por un estrechísimo margen de la mayoría absoluta de los Liberales y la tendencia hacia la recuperación de unos «Tories» defenestrados en 1993 suponen auténticos «balones de oxígeno» para la unidad de Canadá. Un escenario perfectamente posible podría haber venido determinado por un arco parlamentario donde los Liberales requiriesen apoyos de terceros para formar gobierno en Ottawa. ¿Se imaginan cuál hubiera el poder de negociación de unos regionalistas y nacionalistas cuya adición en el momento actual totaliza las dos terceras partes de los diputados liberales? La conversión de Canadá en un auténtico «reino de taifas» hubiera resultado la evolución lógica en caso de haber sido la caída del voto liberal algo más acentuada.

La preservación de la cohesión de Canadá merece todo el empeño de sus gobernantes: se trata de un país que, a pesar de todo, ha funcionado razonablemente bien; mientras, el poder de negociación de Ottawa en la escena internacional resulta notable, reduciendo la vulnerabilidad frente a un Washington demasiado cercano y poderoso. La prosperidad económica compartida dentro de la Confederación ha fortalecido una comunidad de intereses muy poderosa, paliando las distancias entre francófonos y anglófonos. Una hipotética consumación de la independencia de Quebec serviría para avalar las tesis de Huntington que plantean cómo las afinidades y los antagonismos culturales moldean las asociaciones y rivalidades entre países, así como dentro de los mismos (véase Huntington, 1996). Un elemento adquiere un papel fundamental para reforzar la cohesión dentro de un contexto caracterizado por la unión económica y la presión que supone una extensísima frontera cada vez más abierta con Estados Unidos: se trata de aquella cultura política diferenciada, compartida por anglófonos y francófonos dentro de un país donde impera un capitalismo de «rostro europeo», apoyado en la presencia de un Estado del Bienestar que ha moldeado la identidad colectiva de los canadienses. El análisis de Huntington no percibe cómo una unión económica produce el acercamiento de los territorios integrantes más allá de las diferencias culturales: la cultura política reseñada constituye el resultado de aquel «país naciente», cuya gestación fue inducida a través de las políticas públicas, como es Canadá.

## 8. CONCLUSIONES

Este ensayo ha planteado cómo han sido razones de corte estratégico, derivadas de la pérdida de peso demográfico, económico y geopolítico de Quebec en la Confederación, las que han motivado el auge del nacionalismo y la convocatoria del referéndum. El dinamismo de una renovada estructura industrial, la zona de libre cambio con Estados Unidos y México, y el deseo de mantener una unión económica y monetaria con Canadá avalaban las propuestas separatistas.

En un contexto de mayor alcance, el «*affair*» «québécois» constituye la punta del «iceberg» entre los problemas que debilitan la cohesión territorial de Canadá. La liberalización comercial en Norteamérica ha evidenciado la caducidad del modelo de economía política que ha canalizado la articulación territorial del país (2): un crecimiento excesivo del endeudamiento público ha constituido su contrastación externa más evidente, bajo una percepción provincial de la estructura federal como «bien público». La necesidad de llevar a cabo reformas políticas y económicas que revitalicen el federalismo canadiense resulta apremiante. Las circunstancias actuales, definidas por la permanencia de Quebec en la Confederación y la fortaleza de un gobierno de Ottawa que conserva la mayoría absoluta abren un momento propicio para lograr el consenso sobre las decisiones realmente importantes entre Ottawa y las provincias. No obstante, las elecciones federales celebradas en 1997 reflejan una profundización exacerbada del proceso de regionalización que define la estructura política federal y amenaza la propia cohesión territorial del país. Los canadienses deben construir una economía más competitiva sobre la que preservar una identidad colectiva de raíces europeas forjada por la fuerte sensibilidad hacia la equidad interterritorial e interpersonal. Esta «cuadratura del círculo» debe lograrse en un contexto fiscal restrictivo por lo cuál resulta más apremiante el contexto entre Ottawa y las provincias. La provincia de Ontario adquiere un papel fundamental como árbitro territorial entre los nacionalistas de Quebec y el regionalismo emergente de unos Reformistas que consiguen sus apoyos en las provincias más occidentales del país.

## 9. BIBLIOGRAFIA

- BRODIE, J.: *The Political Economy of Canadian Regionalism*. Harcourt Brace Jovanovich, Toronto, 1990.
- CAMERÓN, D. R.: «Post-Modern Ontario and the Laurentian Thesis», en D. BROWN, y J. HIEBART (eds.): *Canada: The State of the Federation*, Queen's Institute of Intergovernmental Relations, 1994, págs. 109-131.
- CÔTÉ, M.: «Canada's Dirty Little Secret», *The International Economy*, noviembre-diciembre 1994, págs. 55-57.
- CÔTÉ, M. y, JOHNSTON, D.: *If Quebec Goes...The Real Cost of Separation*, Sttodart, Toronto, 1995.
- COULOMBE, S.: «Les incidences de la séparation sur le budget québécois», *Cahiers de Recherche*, núm. 9503E, Université d'Ottawa, Ottawa, 1995.
- COURCHENE, T. J.: «Mon pays, c'est l'hiver: reflections of a market populist», *Canadian Journal of Economics*, vol. XXV: 4, 1992, págs. 759-791.
- COURCHENE, T. J.: *Social Canada in the Millenium*, C. D. Howe Institute, Toronto, 1994.
- GAGNON, A. G.: «Quebec y la economía política de la integración continental», *Comercio Exterior*, febrero 1994, págs. 111-120.

---

(2) Véase, para un análisis de la posición de Canadá en el NAFTA y la Cuenca del Pacífico, PLAZA CERERO, 1997.

- GIBSON, G.: *Plan B. The Future of the Rest of Canada*, The Fraser Institute, Vancouver, 1994.
- HUNTINGTON, S.: *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Simon & Schuster, Nueva York, 1996.
- IRVINE, I. J., y SIMS, W. J.: «Interprovincial Barriers in the Beer Trade», en F. PALDA (ed.): *Provincial Trade Wars: Why the Blockade Must End*. The Fraser Institute, Vancouver, 1994, págs. 1-46.
- JULIEN, P. A.: «Papel de las instituciones locales en el desarrollo de los distritos industriales: la experiencia canadiense», 1992, en F. PYKE y W. SENGENBERGER (eds.): *Los distritos industriales y las pequeñas empresas. III* (v. esp.), Ministerio de trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1993, págs. 259-278.
- KRUGMAN, P.: *Geografía y comercio* (v. esp.), Antoni Bosch editor, Barcelona, 1991-1992.
- LAMONT, L.: *Breakup. The Coming End of Canada and the Stakes for America*. Key Porter Books, Toronto, 1995.
- LEFBVRE, M.: *Les provinces canadiennes et la convergence: une évaluation empirique*. Documento de trabajo, Banque du Canada, Ottawa, noviembre 1994.
- LESLIE, P. M.: «La unión económica, social y política: reflexiones a partir del sistema federal canadiense», *Revista de Estudios Europeos*, núm. 12, 1996, págs. 31-52.
- McMILLAN, M.: «Economic Threats to National Unity: From within and without», en K. McROBERTS (ed.): *Beyond Quebec: taking stock of Canada*. Mc Gill-Queen's University Press, Montreal 1995, págs. 275-294.
- NADEAU, R., y BLAIS, A.: «Economic Condition, Leader Evaluations and Election Outcomes in Canada», *Canadian Public Policy*, vol. XXI: 2, 1995, págs. 212-218.
- OCDE: *Regional Problems and Policies in Canada*, París, 1994.
- OLSON, M.: *The Logic of Collective Action*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1971.
- PLAZA CEREZO, S.: *Los bloques comerciales en la economía mundial*, Ed. Síntesis, Madrid, en prensa, 1997.
- PRESTON, R.: «Central Place Theory and the Canadian Urban System», en T. BUNTING y P. FILION (eds.): *Canadian Cities in Transition*, Oxford University Press, Toronto, 1991, págs. 148-177.
- TODD, G.: «"Going Global" in the semi-periphery: world cities as political projects», en KNOX, P. L. y P. J. TAYLOR (eds.): *World Cities in a World-System*, Cambridge University Press, 1995, Cambridge, págs. 192-214.
- TREBILCOCK, M. J., y BEHGOODI, R.: «The Canadian Agreement on Internal Trade: Retrospect and Prospects», en M. J. TREBILCOCK, y D. SCHWANEN (eds.): *Getting There. An Assessment of the Agreement on Internal Trade*, C. D. Howe Institute, Toronto, 1995, págs. 20-89.
- SCHWANEN, D.: «Overview and Key Policy Issues», en M. J. TREBILCOCK y D. SCHWANEN (eds.): *Getting There. An Assessment of the Agreement on Internal Trade*, C. D. Howe Institute, Toronto, 1995, págs. 1-19.
- VARGAS LLOSA, M.: «Espejismos colectivistas», *El País*, Madrid, 5 de noviembre de 1995, págs. 13.

